

Entrevista a Héctor Velarde

Entrevistado por Felipe y
Augusto Ortiz de Zevallos M.

El diálogo con Héctor Velarde es ameno, jamás sistemático y con frecuencia discontinuo por hilarante. La conversación es un género que él practica con casi mayor brillo que el relato escrito, o que el ensayo de humor, de apreciación estética; o de ambos a la vez. Género fugaz y no registrado, pues Velarde detesta los aparatos que obtendrían dicho objetivo y enmudece ante ellos. No es infundado su horror. Suele ocurrirle en sus charlas con proyección de diapositivas, que éstas se atraquen. En esas ocasiones, sin inmutarse, saca de un bolsillo la charla de reemplazo que tiene lista, sin necesidad de ilustraciones y que, animada por sus ironías sobre lo ocurrido, puede ser hasta mejor.

Es que el ya octogenario arquitecto comienza por reír de sí mismo: "¡estoy como las casas viejas de Lima; la fachada, bien; las estructuras, más o menos; pero las instalaciones de agua y desagüe...!"

Sin embargo, sigue cumpliendo su tarea académica y negándose al retiro: "me horroriza pensar que algún día no tenga la obligación de hacer algo". Actualmente escribe una introducción personal a la historia del arte que, ojalá, encuentre

un pronto y perceptivo editor.

Además, si siempre tuvo una administración austera y recatada de sí mismo, los años han subrayado su celo. No siente que debiera hablar mucho y prefirió atender a nuestras preguntas con una combinación de respuestas y relecturas de cosas que antes dijo. Guiados, así, por él mismo y en un tema que domina mejor que nadie: la naturaleza y el espíritu limeño, lo que sigue es un poco una antología y otro poco un homenaje.

¿Por qué es Lima como es?

Porque tiene siete aspectos de fondo, de origen, que son como leyes de la naturaleza.

Primero la originalidad, que proviene del encuentro básico de lo autóctono, lo español, con la civilización occidental y el aporte mo-

En segundo lugar, la mezcla de adobe y quincha: lo compacto, blando y macizo y, luego, lo elástico y flexible.

Un tercer aspecto es el contraste, el encuentro sin transiciones de la masa de adobe con la fragilidad estructural de la madera. Un cuarto elemento es el clima: la falta de intensidad en lluvias, fríos y vientos y la humedad, que manda solapa-

damente, hacen de nuestra ciudad una urbe descuidada, poco previosora, grata, sin durezas y mística.

El quinto factor es el color: el gris opalino del cielo, casi todo el año, pide colores cálidos como elementos indispensables de vida. Luego, tenemos la sinceridad: nada engaña en Lima; las imitaciones no pretenden nunca mostrar lo que no son. Las maderas se pintan de mármol, las tejas son de adorno, al bronce se le lustra como cuero, la piedra no se construye sino se enchapa, los estilos son estados de alma...

La arquitectura, por último, se aprecia en lo temporal y no en lo espacial; hay que penetrarla. Los diferentes *happenings* de tiempo que se suceden van cambiando —mediante temblores, gustos, restauraciones y ensanches— la unidad plástica en formas sorprendidas, pero de la misma familia...

En resumen, Lima tiene algo de mágico, encantador, acogedor y suave, artificial y hondo a la vez, que retiene y gusta aunque la ensucien...

¡Y pensar que los ejecutivos quieren que se parezca a Miami!

¿Cómo entiende al Perú?

Yo creo que la densa herencia cultural de los peruanos antiguos



"Lo indefinido, la despreocupación, cierta dejadez, la discontinuidad en los procesos, un pacto latente con Dios, determinan el estilo depurado y encanto del peruano, sobretudo del limeño".

no tiene rueda pero sí mucha tela. La rueda, por ejemplo, no podía haber sido inventada en el Perú. ¿Para qué la rueda en desiertos de arena, quebradas de huaycos, andenes gigantescos y picos inaccesibles? En cambio, el tejido sí era una actividad natural, consecuente del algodón de los oasis en la costa y de la lana de los refugios en la sierra. Los peruanos lo han tejido todo: sus casas, barcos, puentes, armas, ... ¡hasta su literatura! Los huacos, para mí, no son sino tejidos de arcilla. Poco les importó a los antiguos peruanos que la rueda pudiese recorrer, estúpidamente, distancias infinitas. Ellos metieron estas distancias infinitas en sus huacos o las chorrearon en sus telas. Por eso son cosas llenas de misterio.

Sin rueda, el peruano se entregó plenamente al tejido. Es decir, al paciente y delicado crecimiento

de lo mismo en superficie y volumen, a la blandura estática, al organismo que contiene y cobija, al acabado en bordados o en hilacha. Por eso los peruanos somos tan finos y barrocos.

La mucha distancia, por ejemplo, nos desbarata. Nosotros siempre estamos abrazándonos en los ministerios, comiendo bocaditos en inauguraciones, excusándonos por quítame estas pajas, aumentándonos los sueldos y rezando por amigos resfriados. ¿Cómo sigue su mamá? Un poquito mejor, gracias... ¿Y la suya? Tome usted este alfajorcito; son de las monjitas de Santa Domitila. ¡Ah, qué rico! Pase usted primero; no, pase usted, no faltaba más...

¿Por qué somos así?

Una combinación paradójica ha contribuido a esto.

Por un lado, el clima maravillo-

so que tenemos —sin lluvias, huracanes, hielos ni insolaciones—, que nos permite estar resguardados y felices, sin mayores esfuerzos. Por otro lado, la topografía imposible que afrontamos, la naturaleza de un suelo tremendo, agotador, aplastante, que nos fija y junta en puntos aislados y contra el cual la rueda, de nuevo, sirve de muy poco. Esta paradoja produce consecuencias directas y complementarias; la fusión y armonía con su clima que tiene el peruano y su imposibilidad de conquistar un suelo que es superior a la escala humana.

Esta dualidad conflictiva, ¿cómo nos afecta?

En que no nos sentimos forzados a formas y actitudes duras y concluyentes porque nos parecen absurdas. Por ejemplo, las sanciones contra los pillos no son aquí muy

fuertes, porque las víctimas son generalmente a medias. El vivo, cuando no se lanza en cosas mayores, nos hace gracia, se le llama, con simpatía, "cunda". Es que la conservación de la especie no es, en el Perú, un drama como en otras partes, sino que depende simplemente de una función pasiva de defensa: conseguir puestos públicos, por ejemplo. El estilo peruano, por ello, inculca lo grato, la confianza en el existir, lo generoso, la paciencia, lo orgánico-biológico, lo que se arregla solo, lo que dura sin cuidarlo, las buenas maneras.

La invitación del clima ideal, del lugarcito cómodo y de la papa abundante en ese lugarcito —porque nuestra tierra produce de todo, siempre y cuando no se metan con sus cerros y arenas— nos inducen, más bien, al menor esfuerzo. Por ejemplo, a dejar las puertas "juntas". Dejar "juntas" las puertas es lo lógico aquí, puesto que no hace mucho frío ni mucho calor. Luego, si se examina cualquier cómoda de una casa, los cajones nunca estarán cerrados. También, si se entra en cualquier baño público, se oirá siempre el agua saliéndose a chorritos de lavatorios y excusados...

Así ¿cómo vamos a progresar?

Bueno, el hecho de que el clima no exija mayores esfuerzos ni pérdidas de energía no quiere decir que no haya capacidad de lucha. Al contrario, la hay y a veces muy grande, pero esta capacidad queda en parte retenida por lo inútil que sería gastarla totalmente ante una topografía que la aniquilaría por completo. Queda, entonces, una reserva contenida, generalmente dormida, de acometividad, un concho profundo de agresividad no empleado que, no pudiendo manifestarse contra la naturaleza de ese suelo, se vale simple y llanamente de la gente y de las cosas como válvula de escape. Esto es lo que he definido como "el concho telúrico de acometividad".

Existe, pues, una potencia indi-



"Yo creo que, entre nosotros, lo bueno que es mucho y todo lo malo, que no es poco, se funden en una sola mazamorra característica: la mazamorra morada".

vidual, latente, esencialmente personal, que impide acuerdo y acatamiento absoluto a las instituciones. De ahí que las personas sean más importantes en su clima que lo instituido por ellas mismas. Las instituciones de estructura extranjera están condenadas en el Perú. Por ejemplo, las instalaciones suecas de aire acondicionado, en Lima se malogran a la semana.

Ahora bien, como el "concho telúrico de acometividad" no tiene salida, el individuo se lo traga. Esto es corriente y explica el mal humor, el pesimismo, la cavilación y la cantidad de amargados que, a veces, se encuentran en el Perú sin razón alguna. Por otro lado, como todos tenemos nuestro concho adentro, somos sumamente perspicaces, agudos y ocultos. Adquirimos una gran viveza —cundería— para relacionar cualquier cosa con otra, para encontrar entradas y salidas y dar con pequeñas fórmulas sintéticas y expresivas, que llamamos chistes; para fijar y definir situaciones, hechos y personas.

Las peruanas, además, son particularmente adorables, porque tie-

nen un concho telúrico de acometividad maternal e inagotable: son de una ternura invencible. Todo está a favor de ese concho. La eterna primavera y la geografía que junta.

Por eso, tal vez, el peruano tiene que salir al exterior para lograr éxitos significativos...

Claro. Porque entonces debe, por un lado, defenderse de climas fuertes, y, por otro, la naturaleza del país extranjero, comparada con la nuestra, le parece una bicoca. Entonces, su "concho telúrico de acometividad", la energía acumulada que guarda, aflora en gran abundancia y de corrido.

De otro lado, ¿por qué el extranjero se encuentra tan bien en el Perú, aunque muchas cosas le parezcan mal? Porque como está acostumbrado a dar el máximo de esfuerzo y capacidad de lucha en su tierra, siente aquí la fruición, la voluptuosidad de que, rápidamente, se le está formando una cosa muy rara y agradabilísima en su mente y en su cuerpo, algo que le da confianza, bienestar, reposo, despreocupación; come bien sin tra-

bajar mucho y duerme mucho sin cansarse... Es que se les principia a acumular energía telúrica y les nace el concho de acometividad. El extranjero es un perforador casi inconsciente de nuestro medio bendito.

Pero, a pesar de todo, aquí se han creado cosas...

Es que entre el "concho telúrico de acometividad", de energía retenida que, como hemos visto, puede ser mucha, y la gratísima falta de necesidad de lucha, ofrecida por el medio ambiente establecido, se produce la creación paradójica de obras importantes, algunas extraordinarias —como industrias y edificios—, todas ellas, como es natural, con caracteres más o menos contradictorios. La expresión de esas obras es siempre algo sorprendente porque, o se eternizan o se realizan en menos de lo que canta un gallo. Son como milagros brotados de dos fuerzas profundas y contrarias; una dinámica de impulsos acumulados —el concho— y otra estática —el clima— que lo suaviza todo. El producto es siempre humano y fino. Esto lo aprecian muchísimo los extranjeros cultos. El Perú no es un país para brutos. La falta de la rueda tiene que ver mucho con su originalidad y encanto.



"¡Y pensar que los ejecutivos quieren que Lima se parezca a Miami!"

Ahora, el que llega a realizar algo de principio a fin, precisamente como lo había planeado, debe ser considerado en el Perú como un héroe. Todo conspira contra él; las delicias del aire y lo tremendo de las subidas y bajadas.

Es un país donde es difícil planificar, entonces...

Porque tenemos un clima mandado hacer para la metamorfosis. Un clima de vivero donde nunca se sabe qué va a pasar. Un maravilloso caldo de cultivo producido por la humedad tibiecita y la tierra de huaca. Nuestra raza es el vínculo de la metamorfosis: tiene más de cuarenta variedades y es riquísima en matices de todo género. Nuestro territorio es el escenario ideal para el desarrollo de la metamorfosis más extraordinaria; huaycos, terremotos, arenales y hundimientos, que recién nos están afirmando el piso, explican elocuentemente la manera lepidoptérica que tenemos de crear y reproducirnos.

Metamorfosis viene del griego. Meta quiere decir cambio y morfosis quiere decir forma. El fenómeno se desarrolla siguiendo rigurosamente las leyes inmutables de la naturaleza. El gusano se arropa en su capullo, se vuelve crisálida y termina en mariposa. Ya mariposa pone el huevo que contiene al gusano, el gusano se arropa en el capullo, se vuelve crisálida y termina en mariposa, la mariposa...

Nosotros estamos en estado latente de crisálida, con nuestro gusanito adentro y esperando no sólo ser mariposas, según la ley biológica del fenómeno, sino muchas otras cosas. Si se ponen en fila unos diez peruanos de diferentes orígenes étnicos y se le dice un secreto al primero para que éste se lo repita exactamente al segundo, el segundo al tercero, el tercero al cuarto y así hasta el último y se verifica luego si lo que oyó el último tiene algo que ver con lo que se le dijo al primero, la prueba fracasa a la mitad. El quinto ya no sabe lo que dijo el cuarto. Y así, de gusanito, vemos, a veces, que salen

palomas, lagartos, pericotes, pavos y hasta objetos y situaciones, como regalos de matrimonio y puestos.

El estado de crisálida, sin embargo, permanece fijo y esto explica muchas cosas. Por ejemplo, lo providencial aquí resulta siempre definitivo y las medias tintas se establecen.

Fulanito es y no es bruto, tiene y no tiene la culpa, es y no es viejo, tiene y no tiene plata, es y no es izquierdista.

Ahora, de vez en cuando, se dan condiciones —lluvia fuerte, temblor, revolución— y las crisálidas revientan sorpresivamente. La metamorfosis, entonces, se revela de golpe.

Así no hay manera de hacer un plan...

Aquí es difícilísimo seguir un proceso de principio a fin o establecer la continuidad de una trayectoria. Nunca se sabe con exactitud cuándo empieza una obra, cuándo termina, lo que costará, o cómo será. El clima es de una suavidad incorruptible. No se deja dominar por nada.

Una cosa puede servir para otra: el Country Club, por ejemplo, puede terminar en clínica, como la Casa de la Perricholi ha derivado en cuartel.

A los peruanos, de otro lado, les encanta formar comisiones con muchos miembros en las que nadie se entiende con precisión. La precisión, como se comprenderá, no interesa. Molesta.

Es muy corriente comprobar cómo en estas reuniones de señores que se juntan con la mejor voluntad del mundo para formular un proyecto, organizar una actuación o resolver un problema, éstos van desapareciendo poco a poco hasta que no queda sino uno que habla y otro que no le escucha.

Había, recuerdo, un caballero limeño, muy refinado y profundo conocedor de nuestro medio, que cuando oía decir que se iba a hacer algo, exclamaba con cierta inquietud y cólera, antes de saber siquie-

ra de lo que se trataba: “¡Y para qué se meten!...”

¿Cómo es posible gobernar entonces?

Es que en el fondo existe una democracia profundamente humana, una igualdad cordial causada por la nivelación ante lo imposible de la costra terrestre y la generosidad de la atmósfera. El “concho telúrico de acometividad” resulta el denominador común.

Ahora bien, los gobernantes del Perú deben ser siempre un poco incas y un poco virreyes. Si son muy incas, los peruanos de la corona los rechazan. Si son muy virreyes, los peruanos de la *maskay pacha* los rechazan. Si se pasan de democráticos, los peruanos de la corona y de la *maskay pacha* los rechazan como productos exóticos.

Diez mil años de teocracia, de monarquía absoluta con poder divino, cuatrocientos años de virreinato con blonda y siglo y medio de agitadísimos y efímeros ensayos republicanos, animan una población profundamente ligada por vínculos telúricos, de indios ceremoniosos y reservados, de mestizos bien bati-dos y suaves y de algunos blanquitos vivos e importantes, todos los cuales se entienden a las mil maravillas cuando hay un presidente-rey que los gobierne.

El “acomodo” es, además, una actitud característica y natural ante la tremenda topografía del país y lo delicioso del clima en el lugar escogidito. Nadie sabe, además, si va a haber temblor.

Por razones geográficas, étnicas, sociológicas, topográficas y climatológicas, todo aquí está lejos y disperso, es diferente, vago y el clima desintegra lo más duro de a poquitos. Luego, la falta de unidad y cohesión que impera por fuera debe ser superada, controlada, dominada y unificada por adentro, desde un centro rector, desde un núcleo de comando, donde alguien democrático, pero con suficiente autoridad, mande un ejército de funcionarios que tengan, como misión primordial, ligar unas cosas,

¿Por qué es Lima como es?

Porque tiene siete aspectos de fondo, de origen, que son como leyes de la naturaleza: la originalidad, la mezcla de adobe y quincha, el contraste, el clima, el color, la sinceridad y la arquitectura.



sostenerlas y tratar de que no se separen y se escapen.

Si alguien adquiere poder, éste resulta siempre mucho mayor de lo que él mismo y los otros pueden creerlo. Esto es debido a la falta de resistencia exterior, de reacción ambiental, lo que redundará en una alarma constante; su “concho telúrico de acometividad” puede soltarse en cualquier momento. Entonces, tratan de suavizar ese peligro a fuerza de “sobe”, con algunas ventajas para los especialistas. Es cuestión de equilibrar lo suave-cito con lo catastrófico.

Todo esto nos hace muy diferentes de los demás países democráticos de la tierra y nos da una riqueza de envidia humana que ya la quisieran tener muchas repúblicas ortodoxas. No somos nada insulsos y tampoco violentos. No hay muchas novedades de peso que enseñarnos. Todo lo debemos y nos viene de dos lagos divinos: el Titicaca y el Mediterráneo.

Usted ha desarrollado el tema de la “gana”. ¿Cómo define este concepto?

En el Perú muchas cosas se hacen porque sí o porque no, porque a uno le dio la gana y a otro no le dio la gana.

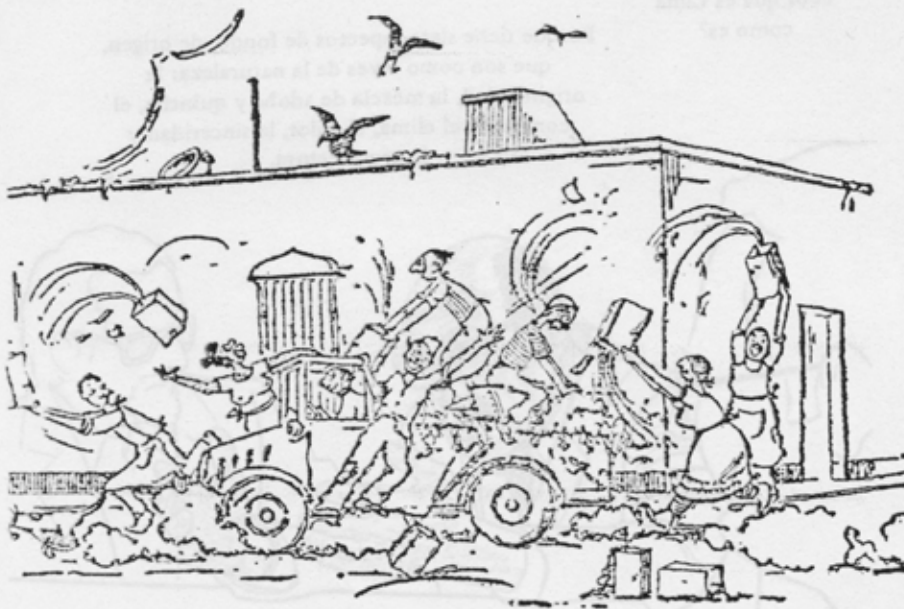
En otras partes, en medios tremendamente organizados, hay necesidad de querer algo en forma concreta. Uno quiere una cosa por

tal y cual motivo. Si esos motivos no están absolutamente justificados, no sólo no le dan a uno la cosa, sino que lo castigan por hablar tonterías, por quitarle el tiempo a gentes ocupadas en querer cosas siempre necesarias, definidas y controlables.

Si fuéramos un país con pocas materias primas, superpoblado, con fríos de 20 grados bajo cero, en peligro constante de ser comidos vivos al menor descuido, no podríamos afirmar que nos da o no nos da la real gana de hacer tal cosa o la otra. En ese medio uno no puede pensar en semejante absurdo, la palabra “gana” no existe, no puede existir.

Aquí, entre nosotros, en cambio, donde las materias primas son variadas, donde se puede vivir cómodamente a la intemperie, donde la lucha por la vida es un juego comparada a como se da en otras naciones, donde nadie puede comernos vivos a no ser que los unos nos comamos a los otros por puro gusto, aquí, repito, sí podemos querer una cosa porque nos da la gana. Podemos no quererla porque no nos da la gana, y nos damos el lujo de resolver el problema de los tres cuerpos redondos en cosmografía, porque sí, o porque no.

La gana reemplaza entonces a la voluntad...

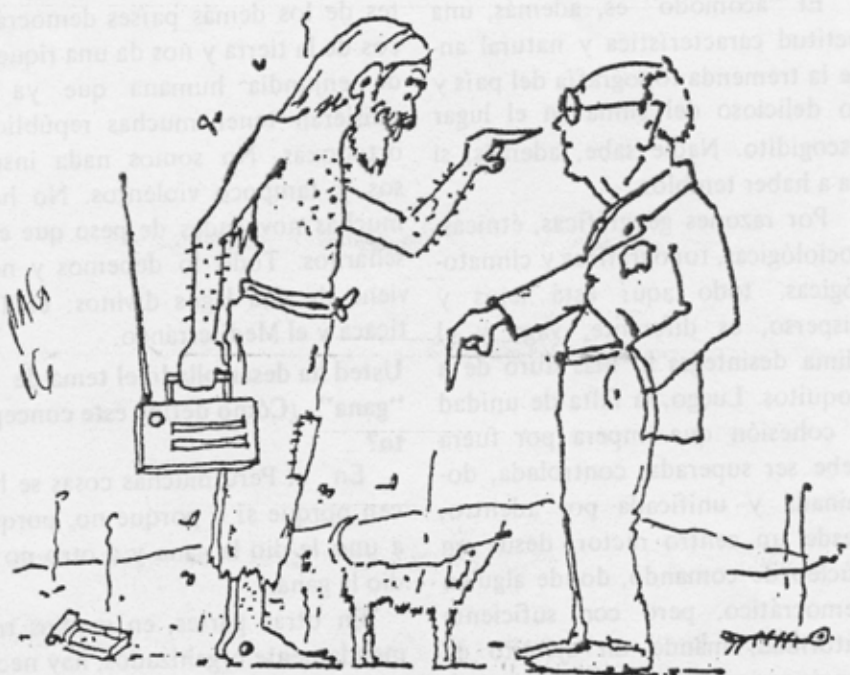


“Entre nosotros, echar, recoger y llevarse la basura, es toda una fiesta”

Un hombre de mucha voluntad, entre nosotros, sería un agitado inútil. No encontraría la reacción que lo equilibre. Caería en el vacío. La mucha voluntad, el querer algo con demasiada fuerza, puede, en nuestro medio, llevarnos fácilmente a la locura. Cualquier extremo es absurdo, paradójico, contra-productivo.

Por eso en las calles de Lima se observan muchos individuos que hablan solos. Por eso se pasean tantos señores como si tuvieran alguna importancia. Por eso abundan las personas que saben muchas cosas y que discuten con autoridad absoluta sobre temas que no conocen. Todos opinan. Por eso un señor que tiene fama de bruto se quedará con esa fama para siempre. Hay muchos que tendrán fama eterna de hombres serios, de hombres de talento, de caballeros, aunque ellos hagan todo lo posible por probar lo contrario. Unos se quitan el saludo, otros se saludan y los pleitos, antipatías y enemistades se multiplican sin razones claras y precisas. La exaltación es muy corriente por cualquier tontería. Hay personas que se enojan solas. Las palabras estupendo, extraordinario, genial, fantástico, se aplican en casi todos los casos. A los vivos, a los “cúndas”, se les

confunde muy a menudo con gente de valer. Las realizaciones se producen casi esporádicamente como la eclosión instantánea de ciertos huevos en medios adecuados. Se principia una cosa y cuando por milagro se acaba, lo acabado ya no tiene relación de continuidad con el principio. Un hombre extranjero tiene una fuerza de penetración enorme. El clima, la naturaleza, la comida criolla, se ríen, se burlan, del principio austero de la causalidad.



“... el dedo, que es nuestro signo expresivo por excelencia”.

dad. Por eso, nos da o no nos da la gana y las mujeres tienen sobrados motivos para decir, deliciosamente, como en ninguna parte del mundo, “porque sí” o “porque no”.

Eso de la hora peruana, ¿será también consecuencia de la “gana”?

Claro. Aquí, donde el rubio cuenta sus minutos, el moreno sus horas, el mulato sus semanas, el negro sus meses, el cholo sus años y el indio sus siglos, resulta imposible que estén todos a las once en punto. Cada uno lleva su eterno ritmo, su periodicidad implacable a pesar de todos los relojes y de todos los apuros. El tiempo en Lima es una maravilla de adaptación, de acomodo, de amable, sonriente y melancólica manera de promediar el tiempo de todos. El apuro es indecoroso. La precisión del minuto es un límite sin trascendencia, sin más allá, sin gracia. La puntualidad puede ser práctica, pero no tiene ninguna filosofía. En Lima se dice que la reunión es a las diez, para que el quorum se alcance poco más o menos a las once y media. Unos llegan primeritos, otros después y todos esperan, conversan, fuman y, al final, se funden en un solo momento... ¿Están todos a la hora!



Aquí donde el rubio cuenta sus minutos, el moreno sus horas, el mulato sus semanas, el negro sus meses, el cholo sus años y el indio sus siglos, resulta imposible que están todos a las once en punto.

Lo indefinido, la despreocupación, cierta dejadez, la discontinuidad en los procesos, un pacto latente con Dios, determinan el estilo depurado y encantador del peruano, sobre todo, del limeño.

¿Y, cómo se manifiesta la gana en nuestras determinaciones?

Con el dedo, que es nuestro signo expresivo por excelencia. Casi todo lo hacemos con el dedo, ya que el dedo nos resulta el órgano natural de la gana. El dedo en el Perú interviene, generalmente, antes que la palabra y mucho antes que el pensamiento.

Si va uno a comprar un terreno, el dedo lo busca entre las tapias y lo determina. El planito no tiene importancia.

Si va uno a buscar un libro hay que seguir al dedo hasta dar con el volumen. El catálogo confunde.

Si pide uno un informe en la calle, dos o tres dedos aparecen silenciosos apuntando direcciones diferentes.

Hay personas que levantan el dedo con tanta solemnidad que adquieren una importancia decisiva.

Luego, ¡cuán común es, en nuestra gente, aquello de "yo no me chupo el dedo"!

Dijo al inicio de la entrevista que la humedad "manda" en Lima, ¿cómo?

Una proporción de agua en el aire de 100 por ciento determina que respiremos oxígeno en condiciones iguales a los peces y batracios, sin tener precisamente el organismo formado como ellos. Por otro lado, siendo la absorción de oxígeno deficiente, la nutrición debida a este elemento esencial requiere ser compensada por la alimentación digestiva. Por eso somos tan comelones y dulceros.

Estas exigencias del medio acuático forman tipos muy variados e interesantes de limeños. Hay tipos notables de moluscos que viven con la boca abierta y malaguas que flotan con una gran indiferencia. Hay choros, langostas, camarones, conchitas...

De otro lado, la presión exterior es mínima. La resistencia del medio ambiente es muy suave, la atmósfera, aunque húmeda, es livianita; nada fuerte, sólido, compacto y denso se opone a las presiones interiores de la personalidad de los limeños que, sueltos y sin trabas, se hinchan y suben como globitos. Todos saben de todo, porque nada exige que se penetre mucho. La gracia, muy moderna por cierto, es ser genio sin estudiar nada. El

muy estudioso es irremediamente sonso. Por todo eso es que gesticulamos y hablamos hasta por los codos: carencia de presión exterior.

Como la ambición y la gana no sufren mayores resistencias del medio ambiente, se revelan a las claras y surgen los frescos conocidos, los importantes y solemnes a solas y que todos saludan, las lobas insaciables y sin disimulo, especialistas y técnicos en cosas raras, los que se sienten dueños del país y los que orinan en la calle a la vista de todo el mundo.

Y, de la neblina, ¿qué nos puede decir?

El polvillo y vapor de agua en suspensión de la atmósfera de Lima se encuentra en estado de pre-solidificación. La nebulosa nos envuelve. Lo gaseoso, lo líquido y lo pastoso tiende a cristalizarse. El proceso es constante, lento y profundo, pero no por eso deja de ser aparente, efectivo y, a veces, violento.

Hay gente inconsciente de nuestro estado de formación que ha tenido la desgracia de solidificarse antes de tiempo y que constituye un constante y verdadero peligro. Lo sólido y flotante en la neblina es lo peor en la navegación. Cuando aparece algo sólido la alarma es general, se produce un gran alboroto y el deseo de deshacer lo duro es inmediato. Realizar cosas sólidas en plena neblinilla es heroico, muy imprudente y hasta una falta de consideración. Los efectos de la neblinilla son evidentes.

¿Por qué nos gusta lo profusamente ornamentado, el relieve abundante, el brillo, las iluminaciones y los salones dorados? Porque lo sólido no sólo nos inquieta como alarma, sino que la solidez indica volumen, el volumen profundidad, distancia en perspectiva, y ésta se esfuma en la neblinilla. La forma precisa se pierde, no queda sino superficie de contorno vago y si ésta no se aviva violentamente, nos da la impresión angustiosa de vacío, hasta de misterio.

A los extranjeros, por ejemplo, al cabo de poco tiempo, la neblinilla los envuelve, los disuelve y los reconstituye en criollos de caucau y papa rellena. Asimismo, en Lima no bien nos sentimos poseedores de algo duro nos creemos maravillosos, somos como rocas en lo que afirmamos, nuestras opiniones no admiten vuelta de hoja y el bienestar del yo interior resplandece como un anuncio aislado de dicha en la neblinilla. La certeza de ser perfectos y de contar con la Providencia a pie juntillas, es consecuencia inmediata de nuestro polvillo y vapor de agua en suspensión, que nos coge en sus nubes y nos transporta deleitándonos, ingenuamente, de seguridad y esperanza. Ojalá que la dureza no nos llegue muy pronto, no, ¡lo duro es lo fatal! Una vez solidificados, rígidos, pesados, angulosos, metódicos y sin gracia, ya no nos quedaría sino esperar el fin. Cuando el hombre y las cosas se solidifican mucho, el choque y el destripe general es inevitable...

Lima, por ejemplo, con sus capas de construcción de adobe y quincha, soporta sus terremotos como un inmenso alfajor de manjar blanco. ¿Creen ustedes que si el suelo y las casas fuesen sólidos,



"Salazar Bondy, como poeta sensible, vio a nuestra vieja y pasada Lima a través del lente de la justicia social de hoy y, naturalmente, la vio horrible".

Había un caballero limeño, muy refinado y profundo conocedor de nuestro medio, que cuando oía decir que se iba hacer algo, exclamaba con cierta inquietud y cólera, antes de saber siquiera de lo que se trataba: "¡Y para qué se meten!..."



nosotros estaríamos aquí conversando? ¡La leva! Por eso es que adoramos el adobe y la tierra...

Usted ha dado una interpretación curiosa de la mazamorra...

Yo creo que, entre nosotros, lo bueno que es mucho y todo lo malo, que no es poco, se funden en una sola mazamorra característica: la mazamorra morada.

No hay nada más fino que la gente de Lima... está suavizada por la mazamorra.

¿Qué es de todos los millones que han desaparecido? Ya están confundidos en la mazamorra.

¿Y ese revolucionario? Se hundió en la mazamorra.

La mazamorra en abundancia, gelatinosa y compacta, se amolda a todos los recipientes. Muy limeña.

¿Qué otras cosas nos vuelven especiales?

Los techos y nuestra basura, sin lugar a dudas. Nuestra basura es única. En los centros rigurosamente organizados, lo primero que se organiza es la basura. La basura es materia suelta, muerta, sin dueño y que crece. La basura debe enterrarse cuidadosa, continua, metódica, lejana y silenciosamente, si no queremos confundirnos con ella.

Los basureros deben venir de puntillas a buscar la basura antes que salga el sol, para que la luz no sorprenda nuestra miseria.

Entre nosotros, echar, recoger y llevarse la basura, es toda una fiesta de bulla y brillo. Cuando ya está el sol ardiendo y las moscas en júbilo, aparece el carro de la basura como un tanque camuflado, de donde salen gritos de comando, estampidos de máquina y sirenas sorprendivas y agudas como el anuncio de un ataque.

Las latas vacías, arrojadas violentamente de punta contra el pavimento, producen la bulla estridente y estúpida de un bombardeo hueco.

Es evidente que tenemos un cierto deleite en anunciar la basura.

¿Y los techos?

Bueno, la subconsciencia de una casa limeña está en el techo. La subconsciencia de la ciudad entera está en sus techos. Es lo contrario de lo que pasa en los casos normales de psicoanálisis. Lo sub de la consciencia, debe estar sub, es decir, abajo.

Lo no consciente, en otras partes, se hunde y duerme en la subconsciencia. Entre nosotros se tira al techo donde se ventila, se moja



"No somos nada insulsos y tampoco violentos. No hay muchas novedades de peso que enseñarnos. Todo lo debemos y nos viene de dos lagos divinos: el Titicaca y el mediterráneo".

su poquito o se asolea.

Desde que se construye una casa, lo no pensado, lo oculto, lo reflejo, lo que parece no servir, innecesario o inaparente, va directamente al techo. Sobre todo lo sucio. Son grandes plataformas suspendidas y casi siempre inestables donde se acumulan, en capas superpuestas, toneladas de basura mezclada con retratos de familia, bacinicas, zapatos viejos, comoditas picadas y bicicletas rotas. Esto se combina con la vida misma de la subconsciencia, que se hace presente por medio de pavos cantores, patos bañistas, cuyes asustadizos, gallinas ponedoras, perros bravos, gatos equilibristas, loras habladoras, cabritas quejumbrosas, plantas con flores, arbolitos en macetones y barriadas enteras de totora con braseros de carbón de palo y aparatos de televisión con novelas a todo meter. El depositar en los techos ha ido aumentando en un "increciendo majestuoso" desde la época de la Colonia, toda enriquecida por el "aviéntalo al techo" de basura fresca y continua. Hasta hubo una industria clandestina ya en desuso: la caca de perro asoleada. Seca y blanqueada se reducía a

polvillo de cal que se vendía a los boticarios.

El problema de limpiar los techos de Lima es, pues, un problema de psiquiatras municipales y urbanistas. Es indispensable descargar el peso de esas subconsciencias acumuladas en las alturas y darle más garantías a la población, disminuyendo la presión de las inconsciencias explosivas, todo lo cual puede enterrar, dentro de poco, bajo una lluvia apocalíptica, freudiana-capitalista, a una capital enferma.

Cuando Sebastián Salazar Bondy escribió "Lima la horrible", usted le replicó. ¿Qué le dijo?

El libro de Sebastián me gustó mucho porque está escrito con talento, pasión y poesía. Salazar Bondy adoraba Lima y le pegaba a la tres veces coronada, como serrano a su cholita compañera, para quitarle sus defectos. Rabia de amor en que no hay golpes bajos ni brutales, sino medidos, con estilo y, a veces, hasta tiernos.

Yo salí, sin embargo, a replicarle en defensa de la arquitectura limeña. Creo que nuestras casonas

coloniales, que no son españolas sino muy limeñas, son inconfundibles y hermosas por su originalidad y delicada armonía entre lo pesado, lo blando y la bambalina. Son equilibrios venidos de afuera pero sostenidos por dentro; por la tierra de la que estamos hechos.

Salazar Bondy, como poeta sensible, vio nuestra vieja y pasada Lima a través del lente de la justicia social de hoy, y, naturalmente, la vio horrible. Pero esos mundosidos tuvieron su verdad propia, con sus altas y bajas, que no es la nuestra. El hombre fue desgraciado y feliz en esos mundos con las referencias del momento. Es cierto, en parte, que los señores trataban a los cholos y negros de tales por cuales, pero también es cierto, en parte, que en voz baja les decían, no muy raras veces, "cholata rica", o "negro de mi alma". Si no, ¿quién explica la mezcla y el aumento?

Para mí, Lima la horrible comienza ayer, pasada la primera mitad del siglo XIX. Es la Lima que todavía podemos juzgar con nuestras referencias actuales. Esa es, sobre todo ahora, la francamente horrible a fuerza de playas de estacionamiento, de torres en concreto armado entre mares de tortas y teatinas, avisos monstruosos, angustia suelta y hambre deambulatorio.

¿Qué se podría hacer para que Lima progrese?

Entre otras cosas, dar en nuestras universidades, a ritmo de disco, cursos intensivos de desinterés y cultura. Ahora bien, para esto es indispensable que haya poca plata. Los peruanos no estamos todavía preparados para tener mucha, pero dinero no se necesita para repetir en las universidades, por altoparlante y sin parar, lo que dijo un día Platón: que la belleza no es una tontería, que es la cara, sin maquillajes, de la verdad y de lo bueno. Y, no siendo esencialmente la verdad y lo bueno cuestión de finanzas, la belleza podría estar garantizada. ■